

LA IRRUPCIÓN DE LA EXCITACIÓN SEXUAL COMO BORRAMIENTO DE DIFERENCIAS

Beatriz Janin*

Hay diferentes modos en que se muestra la violencia contra los niños. El uso y abuso de los mismos en función de la satisfacción de los adultos es uno de los problemas a pensar en la actualidad.

En un mundo en el que muchos sufren carencia de comida, de abrigo, de vivienda, también nos encontramos con carencia de representaciones. No encontramos palabras para nombrar lo que ocurre. Hay un incremento de afectos que no pueden ser traducidos en sentimientos y un bombardeo de estímulos visuales. Y hay agujeros en la representación de sí mismo.

Así, el psiquismo infantil se encuentra con un conjunto de estímulos no mediatizados por la palabra, con angustias, decepciones, incertidumbres, odios y temores de otros que son registrados como un desborde, inculficable, proveniente de un adentro-afuera, que lo deja a merced de un dolor psíquico que no puede diferenciar como ajeno, al mismo tiempo que se le exige que cure las heridas narcisistas de los otros.

Este trabajo trata sobre las formas que va tomando la sexualidad en niños y adolescentes en el contexto de esta época.

Quiero aclarar que cuando hablo de esta época no es porque piense que el tiempo pasado fue mejor, sino que considero que cada tiempo es diferente en cuanto a valores, a normas predominantes, a modelos de identificación y a modos de transmisión. Y esto lleva a que las patologías predominantes sean diferentes, a que los contenidos representacionales sean otros y a que

* Licenciada en Psicología (UBA, 1971). Directora del Programa de Especialización en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (en convenio con la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires). Directora de la revista *Cuestiones de Infancia*. Investigadora. Profesora en seminarios de diferentes universidades, hospitales y centros de salud de Argentina y España. Profesora invitada en París V. Ha escrito numerosos artículos sobre psicoanálisis con niños y adolescentes en revistas especializadas de Argentina, España, Francia e Italia. Autora del libro *Niños desatentos e hiperactivos. Reflexiones críticas acerca del trastorno por déficit de atención con o sin hiperactividad (ADD/ADHD)* (Buenos Aires: Noveduc, 2007; 3ª ed.). Co-autora y compiladora del libro *Marcas en el cuerpo* (Buenos Aires: Noveduc, 2009).

el modo de aproximación a la sexualidad de niños y adolescentes sea distinto.

La novela *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig, muestra la hipocresía de los años cuarenta, la idea de que la mujer debía ser virgen antes del matrimonio, la dificultad para que el hombre se hiciera cargo de que un hijo extra-matrimonial era suyo. Una sexualidad que las mujeres tenían que ocultar bajo peligro de quedar sancionadas socialmente. La idea predominante era que el acto sexual estaba prohibido para ellas y la cuestión era el modo de eludir la prohibición, con mentiras continuas. Sobre todo en las clases más pobres la idea de la virginidad cobraba un valor absoluto, como único bien con el que una mujer contaba para obtener un marido. En tanto era ubicada como un objeto, tenía que ser “0 km”. Si se “entregaba”, por amor o por sometimiento, quedaba marcada para siempre¹. A la vez, el acto sexual era una conquista, un logro, para el hombre. Los niños no podían hablar del tema y las preguntas ni llegaban a formularse. Y si se formulaban, caían bajo la sanción de los adultos.

Después, vinieron los años 60, con la difusión de los anticonceptivos y la consiguiente “libertad sexual”. Enfrentados con las generaciones anteriores, los adolescentes de los 60 sostuvieron ideas de igualdad. El sexo pasó a estar asociado al amor (“el amor libre”), no solo en las mujeres. Se practicaba a escondidas de los adultos, pero había perdido su carácter de acto degradante para la mujer. A pesar de esto, tanto la transmisión de los mandatos de generaciones anteriores como la incidencia de la religión ubicaban a la sexualidad pre-matrimonial como pecaminosa.

Más tarde llegó el SIDA, asociando sexualidad y muerte. El sexo pasó a ser peligroso, pero no ya por su valor social, sino por ser posible transmisor de una enfermedad mortal. Y esto mismo lo transformó en temible para algunos pero a la vez en más atractivo, por lo riesgoso, para otros.

Ahora, en una época en la que todo está regido por la imagen y el consumo, la sexualidad también ha pasado a ser aquello que se exhibe... y que es a la vez un objeto de consumo. El otro es un objeto, pero no ya la mujer-objeto, sino que hombres y mujeres están marcados por una lógica des-erotizante y acumulativa. Así como los niños acumulan juguetes, sin que estos tengan valor libidinal, también los adolescentes acopian besos y caricias, sin que tengan un valor particular para ellos.

² La novela *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez, muestra dramáticamente el valor de la virginidad femenina.

En este sentido, hay en parte una des-erotización de la sexualidad.

La sexualidad y los niños de hoy

Algunas cuestiones que aparecen cotidianamente en los consultorios, sobre los modos en los que se inscribe la sexualidad adulta en los niños de nuestros días nos llevan a reflexionar.

De la represión excesiva, del silencio, de la demonización de la sexualidad infantil, se ha pasado a sostener actitudes en las que los niños son ubicados como adultos, distorsionando lo propio de la infancia, sin respetar sus tiempos ni sus modos de manifestación, exacerbando el exhibicionismo. Es decir, también se reniega de la sexualidad infantil, pero no ya diciendo que los niños son ángeles sino ubicándolos como adultos. Esto aparece claramente en los medios. Así, un programa de televisión en el que niños y niñas bailaban como adultos, compitiendo por mostrarse “sensuales”, en un concurso en que los mayores juzgaban el “desempeño”, es un claro ejemplo. Allí había adultos que incitaban a seducir, a bailar mirando al otro, a plantear el baile no como un juego sino como una escena erótica.

También son los adultos los que foguean el tema del consumo indiscriminado, en el que se confunde el desear con tener al otro como un objeto-cosa...

Si los objetos han perdido valor, si son algo que cae apenas se posee, el semejante es ubicado del mismo modo. Así, las púberes y adolescentes suelen decir: “me comí a tres” o “me transé a diez”, acumulando besos o caricias como si fueran juguetes o zapatos. Así, cuando afirman: “me comí tantos chicos en la fiesta”, refiriéndose a cuántos besaron, están hablando desde el erotismo oral, ubicando el besar como incorporación del otro, como apropiación que tiene además el condimento de la “cantidad”, es decir, se trata en ese sentido de una sumatoria de apropiaciones. ¿El placer sería por lo que se siente al besar o por haberse “tragado” a muchos, casi en una confusión entre erotismo y dominio del otro, otro que no dura más que un minuto como objeto de deseo?

A la vez, el alcance de una especie de pornografía y su irrupción en la vida cotidiana de los niños nos plantea preguntas. El que se junten para ver páginas pornográficas en la computadora, el que en los programas supuestamente para niños haya referencias casi explícitas a relaciones sexuales, el que niñas prepúberes suban a la *web* fotos en las que aparecen en ropa interior y en poses provocativas, son señales que tenemos que pensar.

Los niños quedan expuestos a imágenes y pasivos frente al movimiento de los otros desde momentos muy tempranos de la vida y esto los deja ubicados en un lugar de receptores de los impulsos ajenos, en una parálisis que suele derivar en movimiento desordenado o en apatía, por sobre-estimulación perceptual sin sostén.

Padres desbordados, que se presentan diciendo “no doy más”, “no sé qué hacer”, y niños que sufren en un mundo en el que hay poco espacio para desplegar el sufrimiento y que se mueven sin rumbo, gritan, exigen, y a la vez se odian por necesitar al otro. Muchas veces, parecería que el funcionamiento narcisista del que habla tan claramente André Green (1983) se hubiese generalizado y que todos tendiesen a anular aquello que les marca la dependencia.

Suelen borrarse las diferencias niño-adulto, lo que deja a los niños absolutamente desprotegidos.

Muchos padres se asustan frente al enojo de sus hijos (aunque tengan cinco años) y acceden a sus pedidos no por haberlos escuchado y considerar que están haciendo una demanda adecuada sino para no enfrentar el conflicto. Se intenta anular y/o tapar todo conflicto, generalmente con objetos.

Los analistas trabajamos sobre la sexualidad infantil y todos sabemos desde Freud que esta se expresa como escupir, morder, orinar, defecar... Y que cuando hablamos de sexualidad infantil no nos referimos a la genitalidad.

Sin embargo, en este momento, los niños suelen hacer referencias explícitas al acto sexual adulto, ya desde los primeros grados de la escuela primaria. Y no en un afán investigador, sino como si ya lo supieran todo... cuando muestran a la vez un desconocimiento profundo. Pero tienen que desmentir la ignorancia y la confusión y hacer como si supieran lo que no pueden saber, como si entendieran lo que no entienden. Información que les llega sin palabras, sin otro que transmita la ligazón con la ternura, sino como un acto excitante y perturbador, fundamentalmente visual. Daría la impresión de que son testigos mudos de infinitas escenas primarias.

Es llamativo cómo niños de seis y siete años repiten palabras que no entienden totalmente, pero que viven como excitantes. Cada niño les otorga la significación que puede, suponiendo que tiene que saber sin preguntar, que debe mostrarse poseedor de todos los conocimientos.

Podemos pensar que esto tiene efectos en la relación con el aprendizaje. En lugar de ser un acicate para la constitución del deseo de saber, este exceso

de imágenes sin palabras, ligadas a la sexualidad adulta, se torna un obstáculo, en tanto aparece un supuesto saber que obtura preguntas y deja en un estado de excitación sin rumbo. O sea, en lugar de formular interrogantes, de abrir la puerta a un querer mirar y apoderarse de los conocimientos, lo que se genera es un repliegue narcisista frente a un exceso de información no tramitable. El que no haya velos, el que todo esté expuesto, el que todo pueda ser visto, deja a un niño sin la posibilidad de sostener preguntas, cuestión básica para el aprendizaje. Si el deseo de saber se constituye por articulación y trastocamiento de la pulsión voyerista y de la de dominio, ¿qué se puede buscar ver cuando las imágenes inundan todo y cómo dominar, cómo apropiarse de aquello a conocer, si el exceso deja al niño en estado de pasividad absoluta?

Por otra parte, la sexualidad infantil sigue teniendo las mismas características de siempre, pero lo que se les transmite a los niños desde el mundo adulto es una sexualidad en la que no se tiene en cuenta al otro, en la que el otro no existe como sujeto sino solamente como objeto-cosa, deshumanizado. Sexualidad en la que él es un objeto más y en la que la disyuntiva es cosificar al otro o ser cosificado. Y esto los lleva a sentirse pasivizados, luchando por recobrar la actividad con un movimiento desmesurado, con transgresiones y desafíos, perdidos en el intento de recuperar-se, o paralizados y asustados frente a posibles violaciones.

Me parece que el problema no es la erotización sino que este tipo de erotismo tiene algo de golpe, de situación excitante sin filtros. Justamente lo que no se construye es un funcionamiento deseante sino, por el contrario, el niño queda signado por urgencias sin mediatización ni relato. No sabe para dónde ir ni qué hacer. Y no hay espacio para la construcción de fantasías ni de historias.

Lo que insiste es el narcisismo, de los padres y del niño, que ocupa toda la escena. Muchas veces, los padres suponen que un niño que hace referencias a la sexualidad adulta es un niño genio, con el cual se identifican. Otras veces, los padres quedan paralizados frente al niño, suponiéndolo portador de conocimientos demoníacos, cuando hace referencias a escenas pornográficas.

Las situaciones que se dan cotidianamente en las escuelas, en las que se encierra a alguien en el baño, amenazándolo con violarla/o, escenas que dejan desbordados y paralizados a padres y maestros, tienen que ver a mi entender con estos estímulos a los que los niños están sometidos, y que terminan teniendo efecto traumático. Y no ya de ese trauma inevitable que implica la

irrupción de la sexualidad adulta en el niño, de la que habla Jean Laplanche (1987), sino como una irrupción violenta, disruptiva, que quiebra posibilidades de armado psíquico, de construcción de la idea del semejante.

Estas escenas también muestran la impotencia de los adultos y la dificultad que tienen para transmitir normas (muchos colegios argumentan que los adultos tienen prohibido entrar en el baño de los niños, reconociendo así la frecuencia de los abusos por parte de adultos-docentes, pero también denotando la dificultad generalizada para confiar en los adultos).

Con la caída de la sexualidad infantil, lo que pasa a predominar es un funcionamiento mortífero, que deja al niño con una motilidad sin metas pre-conscientes y un voyerismo sin límites. No son niños reprimidos, sino abusados y lanzados a la acción.

Quizás podríamos plantear que los niños quedan en un estado de excitación y que no pueden articular, organizar, un funcionamiento deseante. No es el deseo constituido a partir de la vivencia de placer y la búsqueda consiguiente. Se trepan a las paredes o demandan permanentemente algo, sin saber qué. Objetos y movimientos aparecen en un afán de cubrir un vacío.

Otra cuestión central que hace a la sexualidad “infantil” de nuestros días es el tema de la visibilidad. Todo se hace en público.

Lo público y lo privado

Estamos en una época en la que la intimidad se ha vuelto pública, en la que todo se filma para ser expuesto en la *web*. Es más, es muy fácil aparecer en blogs de otros, o en las fotos que alguien sube a Facebook.

“A medida que los límites de lo que se puede decir y mostrar se van ensanchando, la esfera de la intimidad se exagera bajo la luz de una visibilidad que se desea total. De manera concomitante, el silencio y el vacío inundan los ámbitos considerados públicos. Es claro que las antiguas definiciones no emergen ilesas de todas estas convulsiones. ¿Qué resta, entonces, de la vieja idea de intimidad? ¿Qué significa “público” y que sería exactamente “privado” en este nuevo contexto? Las fronteras que separaban ambos espacios en los que solía transcurrir la existencia están desintegrándose, en medio de una crisis que desafía dichas categorías y demanda nuevas interpretaciones” (P. Sibilia, 2008, pág. 42).

Todo queda expuesto, las imágenes reinan y el tiempo es vertiginoso. Por eso, los tiempos que requiere la escritura se han vuelto obsoletos y lo que

se escribe va cobrando una forma muy particular, que transgrede reglas ortográficas y de redacción ¿o crea nuevas reglas? (como en los mensajes de texto). No hay tiempo para historizar, para hacer relatos. Todo cobra una dimensión de ahora-ya.

La precocidad en las relaciones sexuales no es algo nuevo. Pero lo que es novedoso es que se realice en lugares públicos y que sea expuesto a las miradas de todos (fotolog, celular, redes sociales en la *web*, etc.).

Como dijimos, lo que predomina es el borramiento de las diferencias íntimo-público, con el valor que ha cobrado el ser visible para los otros, como equivalente a existir. Se “es” si se es mirado por muchos otros (y si es en una pantalla, mejor).

Una adolescente de trece años relata lo que hizo en una fiesta y habla de la cantidad de chicos que se transó (como quien cuenta sus hazañas). Afirma que todos en la escuela comentan sus andanzas. Cuando le digo algo sobre la privacidad, cuando le hablo de que hay cosas que son de ella y que no tiene por qué compartirlas, me contesta: “¿Para qué voy a estar con un chico si los demás no se enteran?”. El placer no pasa por el vínculo con otro, sino por la mirada de muchos otros, equivalentes entre sí. No importa ni siquiera el nombre de aquel con quien se estuvo, sino la cantidad y la mirada de los otros.

Las nenas que hacen poses eróticas para los fotologs, o los adolescentes que desarrollan toda su vida sexual en público, están hablando de nuevas formas del erotismo.

Nuevas formas de estructuración psíquica, niños que parecen carecer de los diques a los que estábamos acostumbrados...

Pero no por falta de límites, o porque no se les diga que no, sino porque quedan ubicados en un lugar de pares de los adultos, porque estos no pueden renunciar a la omnipotencia sin ubicarla en el hijo, porque lo que se les transmite no es que cuando sean grandes van a poder, sino que se les dice que son más poderosos ahora que lo que van a ser cuando sean grandes.

Si el adulto se supone impotente frente al supuesto poder infantil, termina apelando a la violencia para imponer su autoridad, que entonces será vivida por el niño como un mandato arbitrario. A veces, el padre está orgulloso del desafío del hijo a toda regla (jugando a través suyo sus propios deseos transgresores), pero no tolera que se le oponga a él, en tanto el niño es vivido como extensión de sí y esa ruptura es vivenciada como una operación

de violencia insoportable. Entonces, marca la diferencia a golpes o a gritos, modo en el que aparece, en el desborde pasional, el vínculo incestuoso.

Un niño de ocho años me decía: “Todos ‘hacen eso’ (refiriéndose a tener relaciones sexuales), todo el tiempo. ¿Dónde lo harán? Seguro que en el baño. ¿Yo por qué no puedo hacer eso a Rocío (una compañerita de escuela)?”. Hubo que trabajar mucho para que pudiera empezar a pensar en Rocío como alguien que podía tener deseos y que podía querer o no “estar con él”.

Los papás de un niño de seis años me cuentan, muy contentos, que su hijito les preguntó si ellos se bañaban juntos, con picardía. Después, ese mismo nene, jugando en el consultorio con “playmóviles”, dirige una lanza sobre una muñeca, me mira y dice: “¿A que no sabés adónde va?”, y frente a mi negativa, me dice: “A la teta” (sonriéndose). Este niño tiene terrores, vive luchando contra monstruos imaginarios y no puede cumplir las normas de la escuela.

La idea de que su hijo es muy precoz porque pregunta sobre la sexualidad de los padres suele repetirse. Y los niños quedan sintiéndose poderosos pero desubicados, confundidos, sin nadie que les diga que la sexualidad de los padres es algo privado de ellos, protegiéndolos así de sus deseos incestuosos.

Un niño de nueve años, que está en análisis desde hace unos meses y que fue echado de tres escuelas, me pregunta sorprendentemente por intimidades de mi vida sexual. Sin pensarlo, le contesto que no voy a hablar con él de eso, que él es un nene chiquito y yo soy una señora grande y que las señoras grandes no hablamos de esas cosas con los nenes chiquitos. Después le digo que me parece que cuando él supone que puede hablar de todo con todos y meterse en la intimidad de los otros queda muy confundido y termina sin poder pensar, y además, aterrado. Se queda muy serio, dice que yo tendría que hablarle de todo, que para eso soy su analista, a lo que le digo que no, que él puede hablar de todo acá y que yo le voy a decir lo que pienso sobre lo que él dice.

Para mi sorpresa, esta intervención produce varios cambios... Deja de hablar de sexo en la escuela, lo que hacía casi compulsivamente. Y comienzan las preguntas: ¿por qué...? Por ejemplo, “¿Por qué cuando otros chicos hablan de estas cosas los demás se ríen y yo no logro ser gracioso?”, o “¿Masturbarse está mal? ¿Por qué me retan en todos lados cuando lo hago?”. Marcar la diferencia entre lo íntimo y lo público parece ser todo un tema.

En este caso, los padres no festejan las ocurrencias de su hijo como si fueran una muestra de su precocidad, sino que quedan angustiados y paralizados

por el tema. Pero esto deja al niño en un lugar en el que la palabra pasa a tener el valor de acto. Y la madre, que llora cuando él la persigue con sus preguntas y comentarios, queda para él violentada y violada por su hijo. Es decir, cuando yo le dije que yo no iba a hablar con él porque él era chiquito, lo reubiqué en un lugar de niño, marcando diferencias que son las que suelen quedar obturadas en este momento.

Sigmund Freud analizó las consecuencias de la represión excesiva, de las exigencias culturales como imposibles de ser satisfechas en su totalidad, pero ¿cuáles son los peligros de la idealización de comportamientos transgresores en los padres y en la comunidad en general? ¿No dejarán totalmente librado al niño a sus propias pulsiones destructivas?

“Cuando el yo le ha ofrendado al superyó el sacrificio de una renuncia de lo pulsional, espera a cambio, como recompensa, ser amado más por él. Siente como orgullo la conciencia de merecer este amor. En el tiempo en que la autoridad todavía no estaba interiorizada como superyó, el vínculo entre amenaza de pérdida de amor y exigencia pulsional acaso fue el mismo. Sobrevenía un sentimiento de seguridad y de satisfacción cuando uno había producido una renuncia a lo pulsional por amor a los progenitores. Este sentimiento bueno solo pudo cobrar el carácter del orgullo, que es específicamente narcisista, luego que la autoridad misma hubiera devenido parte del yo”. (Freud, 1939, pág. 113). ¿Qué ocurre cuando no se produce esta renuncia por amor al otro?

Un niño de cuatro años llega a los gritos, furioso. La mamá, disculpándose, me explica que es porque no le compró un juguete que quería y que siempre que vienen le compra algo en la esquina. Yo le digo que lo que quiere no es ese juguete sino quiere que su mamá sea una especie de juguete que haga todo lo que él quiere y que piensa que si la mamá no es alguien que responde a todo lo que él quiere, se va a olvidar de él. Me mira muy serio y deja de gritar (la mamá también me mira muy seria y sorprendida). La confusión entre desear al otro y dominar al otro transformándolo en cosa es permanente.

Hay aquí golpes dados a los cimientos mismos del autoerotismo, en su lazo con la sexualidad infantil y con el lugar que toma el objeto, lo que lleva a un intento siempre fallido de dominar el mundo.

Sin la posibilidad ligadora que da el otro a través de la contención, el sostén, el ensueño, el niño queda librado a su propia tendencia autodestructiva, que puede aparecer de diferentes modos. Es necesario también que el adulto

aparezca como un modelo de identificación con coherencia interna entre palabra y acción, sólido en el cumplimiento de ideales.

Un niño que no puede satisfacer sus deseos, que está en un “más allá” de la satisfacción, va a realizar un intento fallido de aplacar sus pulsiones a través de movimientos que le traerían una calma anhelada, pero que lo dejan insatisfecho, o a través del consumo indiscriminado de objetos.

En estos casos el principio de placer deja la prioridad al principio de constancia.

Cuando predomina la represión...

Hay niños que frente a la irrupción de la pornografía hacen síntomas neuróticos, como efecto del conflicto entre sus propios deseos, desencadenados en gran medida por estímulos externos incomprensibles, y las representaciones que en ellos funcionan como mandatos, que les prohíben esos deseos por su cariz incestuoso.

Así, un niño de diez años llega al consultorio con claras representaciones obsesivas. Se le aparecen ideas que se le imponen y él tiene claro que no es lo que quiere ni lo que piensa, pero las ideas están ahí y él no puede hacer nada para evitarlas. Sufre muchísimo y dice que así no le interesa vivir, que es insoportable, que se siente malísimo. Estas ideas tienen carácter sexual y a él le cuesta hasta decirlas. De educación religiosa, se siente un pecador irredimible. Sería fácil decir que es un TOC (Trastorno obsesivo-compulsivo) y medicarlo. Sin embargo, en pocos encuentros el niño dejó de sentir que no podía vivir. Comenzó a pensar en lo que le pasaba. Pudimos hablar de la sexualidad. Es un niño muy inteligente y despierto, con buena relación con los otros niños. Pero en una de las primeras entrevistas dice: “Yo no sé lo que pasa: en tercer grado nadie hablaba de sexo, solo nos importaba el fútbol, en cuarto, hablábamos un poquito, pero ahora, en quinto, todos hablan de sexo y ven páginas pornográficas y esas cosas. Y yo no sé qué hacer, porque sé que está mal..., pero... Era mejor cuando solo jugábamos al fútbol”. En tanto pudo ir hablando de las ideas que se le imponían, intentando ver cómo se habían ido armando, y en la medida en que pudimos ver con los padres cómo podían ayudarlo, la angustia dejó de ser insoportable (esto ocurrió en muy pocas sesiones) y se pudo comenzar a trabajar sobre sus fantasías, sus deseos, las prohibiciones internas...

En las púberes, nos encontramos frecuentemente con angustias incontrolables, ya no actuadas, sino que aparecen como terrores... a la soledad, a la oscuridad...

Niñas que no quieren despegarse de sus mamás, que no soportan la soledad ni un minuto y que a la vez suponen que tendrían que seducir a todos... Ser popular, siempre la más linda, la mejor, es la única forma de sentirse bien. Fluctúan entre ensayar ser vampiresas y quedar aterradas frente a las fantasías de violación, que existieron siempre, pero ahora cobraron una cierta "realidad" (debido a la poca confiabilidad de los adultos).

Es decir, estamos transitando un momento particular en relación al modo en que la sexualidad se ubica socialmente y al valor de lo que se muestra y lo que se esconde, lo que es privativo de la intimidad y lo que puede hacerse público, mostrarse frente a la mirada de los otros.

Todo esto tiene lazos indisolubles con la ética.

En esas condiciones, los niños y los adolescentes van haciendo el recorrido que pueden, entre su historia, la de sus antepasados, las urgencias internas y externas, los vínculos cercanos y el medio socio-cultural en el que les tocó vivir.

Primera versión: 20/12/2010

Aprobado: 9/03/2011

Bibliografía

Freud, Sigmund (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas* (Vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu. 1978.

Freud, Sigmund (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. *Obras completas* (Vol. 10). Buenos Aires: Amorrortu. 1980.

Freud, Sigmund (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras completas* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. 1979.

Freud, Sigmund (1920). Más allá del principio de placer. *Obras completas* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. 1979.

Freud, Sigmund (1923). El yo y el ello. *Obras completas* (Vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu. 1985.

Freud, Sigmund (1926). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras completas* (Vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. 1986.

Freud, Sigmund (1930-1929). El Malestar en la Cultura. *Obras completas* (Vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. 1988.

Freud, Sigmund (1937). Esquema del psicoanálisis. *Obras completas* (Vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu. 1993.

Freud, Sigmund (1939). Moisés y la religión monoteísta. *Obras completas* (Vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu. 1993.

Geissmann, Claudine: (1999). Séduction narcissique mutuelle et psychose de l'enfant. *Journal de la psychanalyse de l'enfant, 25: La seduction*. París: Bayard. 1999.

Green, A. (1972). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu. 1990.

Green, A. (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu. 1986.

Janin, Beatriz (2005). La memoria e il futuro. *Quaderni de Psicoterapia Infantile, 50. Paura del futuro*, a cura di M. Lugones e M.L. Algini. Roma: Borla.

Janin, Beatriz (2002). Las marcas de la violencia. Los efectos del maltrato en la estructuración subjetiva. *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente. Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*. 2002.

Laplanche, J. (1987). *El inconsciente y el ello. Problemáticas IV*. Buenos Aires: Amorrortu.

Sibilia, Paula (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina. 2009.

Resumen

Se plantean las características particulares de esta época con relación a la sexualidad y las consecuencias que esto tiene en la constitución subjetiva. La confusión entre lo público y lo privado, la ubicación del otro como objeto y la importancia de la visibilidad marcan el modo en que niños y adolescentes incorporan y expresan sensaciones y afectos. El borramiento de la diferencia niño-adulto desmiente lo propio de la sexualidad infantil, lo que deja a los niños excitados y lanzados a la acción, sin poder elaborar sus sensaciones y sentimientos. A través de viñetas clínicas se ejemplifica el tema.

Palabras clave: sexualidad infantil; desmentida; público; privado; visibilidad; constitución subjetiva.

Summary

Some specific features of the present times concerning sexuality and their consequences with regard to subjective constitution are discussed. The confusion between what is public and what is private, the placement of others as objects, and the increasing importance of being visible determine the way children and adolescents incorporate and express sensations and affects. The effacement of the child-adult dividing line disavows what properly belongs to childhood sexuality, causing children to be left in a state of excitation and impelled to action, incapable of working out their sensations and feelings. This subject is illustrated by means of clinical vignettes.

Key words: childhood sexuality; disavowal; public; private; being visible; subjective constitution.

Résumé

Sont exposées les caractéristiques particulières de la sexualité à l'époque actuelle et ses conséquences sur la constitution subjective. La confusion entre le public et le privé, la situation de l'autre comme objet et l'importance de la visibilité marquent la façon dont les enfants et les adolescents incorporent et expriment leurs sensations et affects. L'effacement de la différence enfant-adulte dénie le propre de la sexualité infantile, ce qui laisse les enfants dans un état d'excitation ainsi que lancés dans l'action, sans pouvoir élaborer leurs sensations et sentiments. Le sujet sera illustré à travers des vignettes cliniques.

Mots clés: sexualité infantile; dénie; public; privé; visibilité; constitution subjective.

Beatriz Janin
Av. Córdoba 3431, Piso 10° "A"
(1188) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4963-4729
beatrizjanin@yahoo.com.ar